

GLORIA ACERO MUÑOZ

ENERGÍAS SUTILES  
Y RADIÓNICA

no  s  
EDITORIAL



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO I. ¿QUÉ SE ENTIENDE POR RADIÓNICA?.....	31
CAPÍTULO II. RADIÓNICA Y METAFÍSICA: SU RELACIÓN CON LA TEOSOFÍA.....	49
CAPÍTULO III. LOS CUERPOS SUTILES.....	69
CAPÍTULO IV. CAMPOS DE FUERZA, CENTROS DE ENERGÍA O CHAKRAS.....	87
CAPÍTULO V. LOS SIETE CHAKRAS MAYORES.....	101
CAPÍTULO VI. EL PRINCIPIO VITAL EN LA TRADICIÓN PRIMORDIAL.....	129
CAPÍTULO VII. MODULACIONES ENERGÉTICAS.....	183
CAPÍTULO VIII. EL MAGNETISMO Y EL AURA HUMANA.....	261
CAPÍTULO IX. FIGURAS IMPORTANTES EN EL ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA RADIÓNICA.....	293
CAPÍTULO X. ANÁLISIS ENERGÉTICO Y TERAPIAS SUTILES.....	355
EPÍLOGO.....	381
BIBLIOGRAFÍA.....	393



*A mis hijos, que son la luz de mi vida,  
A mis padres, que me dieron su vida y su luz,  
A mi hermano Paco, peregrino de estrellas.*



## AGRADECIMIENTOS

A mi hija, Mirta, quien me sugirió la idea de escribir este libro y me prodigó valiosas indicaciones para su elaboración.

A mi hijo, Patxi, que supo siempre encontrar la palabra de aliento en los momentos bajos.

A mi editor, Javier, por su confianza, su apoyo y su sensibilidad.





## INTRODUCCIÓN

*La razón cartesiana no abarca la totalidad del hombre.*

Louis Pawels

Las antiguas filosofías enseñan que Dios da a cada individuo una máquina física adaptada a sus necesidades, y le proporciona los medios de mantenerla en buen orden, así como de repararla si por descuido la estropea.

Los yoguis de la India, que tanto control ejercen sobre sí mismos, reconocen que el cuerpo humano es obra de una poderosa Inteligencia. Consideran su organismo físico como una máquina-herramienta construida con suma sabiduría y rectitud. Saben que dicha Inteligencia es la causa del vehículo físico, y que la misma proseguirá actuando en el cuerpo del hombre a lo largo de toda su vida. Si el individuo coopera con las leyes universales, se mantendrá sano y robusto, o al contrario, provocará la discordancia y la enfermedad cuando contraviene la ley divina.

Creen los yoguis que es ridículo suponer que después de formar el magnífico cuerpo humano, esta Inteligencia lo abandone a su suerte, pues están convencidos de que esa misma Inteligencia sigue presidiendo las

funciones del cuerpo, por lo que hemos de confiar en ella y no temerla.

Esta Consciencia cósmica, a cuya manifestación se llama “naturaleza”, “principio de vida”, o se le da otros nombres, está siempre alerta, en disposición de reparar daños, sanar heridas, soldar huesos rotos, expulsar los nocivos materiales acumulados en el organismo y mantener de mil modos la máquina corporal en ordenado funcionamiento. Muchas de las que llamamos enfermedades son, en realidad, una beneficiosa acción de la Naturaleza a fin de expulsar las sustancias ponzoñosas que dejamos penetrar y permanecer en nuestro organismo.

Así, del estudio del cuerpo humano se obtiene el firme convencimiento de que la naturaleza es manifestación de la gran Inteligencia, del operante Principio de Vida, sin que nada exista ni suceda por ciega casualidad, sino que todo es obra de un perfecto orden cósmico. En el grado en que nos abramos al influjo del gran Principio Vital, en el mismo grado nos beneficiará. Si le tememos o desconfiamos de él, le cerraremos la puerta y forzosamente sufriremos.

Muchos son los que caen en el error de considerar la enfermedad como algo real en oposición a la salud. Esto es inexacto. La salud es el estado natural del hombre y la enfermedad es la carencia de salud. Quien cumple las leyes de la naturaleza mantiene un estado de equilibrio orgánico. Cuando se contraviene alguna ley, resulta una condición anormal y se manifiestan ciertos síntomas a los que llama-

mos “enfermedad”, como si ésta tuviera existencia propia. Decimos que nos “invade”, o que nos “ataca”, que “afecta” a tal o cual órgano y “sigue su curso”, que es “grave” o “benigna”, que resiste a todo tratamiento o que cede rápidamente, etc... Hablamos de ella como si fuese una entidad con carácter, disposición y cualidades efectivas. La consideramos como algo que se apodera de nosotros y usa su poder para matarnos. La tratamos como trataríamos a un lobo en medio de un rebaño de ovejas, a una comadreja entre polluelos o a un ratón en un granero, es decir, que procuramos matarla o por lo menos ahuyentarla, como haríamos con cualquiera de los animales mencionados.

Sin embargo, la Naturaleza no es voluble ni caprichosa. La vida se manifiesta en el cuerpo de conformidad con leyes firmemente establecidas, y sigue paso a paso su curso ascendente hasta llegar al cenit y después va decayendo gradualmente hasta que suene la hora de desechar el cuerpo físico como un vestido ya usado, cuando el alma haya de entrar en una ulterior etapa de su evolución.

En el cuerpo actúa una fuerza vital que sin cesar nos beneficia, a pesar de nuestra atolondrada violación de los principios cardinales del recto vivir.

Como ya hemos referido, mucho de lo que llamamos enfermedad es la acción defensiva y el efecto reparador de la fuerza vital, no tratándose de una acción deprimente, sino al contrario, de un efecto estimulante para el organismo vivo.

El primer principio básico de la fuerza vital es la propia conservación. Este impulso, evidente doquiera hay vida, nos dirige hacia la salud con tanta seguridad como la fuerza magnética dirige la brújula hacia el norte. Claro que cuando el organismo físico está ya muy gastado, o algún órgano destruido, es mucho más difícil, si no imposible, el restablecimiento de la salud porque la fuerza vital no puede actuar con entera eficacia en tan adversas circunstancias. No obstante, hará cuánto pueda en nuestro favor en cualquier condición, acomodándose a las situaciones para sacar el mejor partido de ellas.

Ningún organismo puede enfermar mientras mantenga las condiciones requeridas para la salud, porque la salud es la vida en condiciones normales, mientras que la enfermedad es la misma vida en condiciones anormales.

Por consiguiente, el cuidado y mejoramiento del cuerpo físico con el fin de obtener el máximo grado de responsividad del mismo, es una tarea tan meritoria y necesaria como el desarrollo de cualquier otro principio constituyente del hombre, porque si su organismo no está sano y bien desarrollado, la mente no puede funcionar con normalidad, ni el cuerpo puede ser un instrumento eficaz del espíritu.

Sin embargo, el concepto de enfermedad sigue siendo definido desde la perspectiva reduccionista del siglo XIX, como una alteración determinada del proceso fisiológico del organismo, provocada, generalmente, por agentes externos (virus, bacterias, toxinas, etc...), obviando las

repercusiones orgánicas generadas por factores mentales y emocionales. En consecuencia, aunque el desarrollo de la ciencia médica contemporánea, así como el de la industria farmacéutica han sido prodigiosos, este avance no deja de ser bastante tímido en lo que a una visión holística del ser humano se refiere.

La práctica oficial del arte de curar sigue arbitrándose en postulados dogmáticos que contemplan con escepticismo y desconfianza cualquier técnica o línea de investigación distintas a las que constituyen los sólidos pilares sobre los que se asienta el edificio médico. El doctor Patrick Véret<sup>1</sup>, especialista en medicina energética, nos dice lo siguiente: “ Hoy día, la medicina clásica prescinde del hombre integral, inmerso en su contexto social y geográfico, y apenas si presta atención más que a algunos de sus trastornos caracterizados, tal como figuran clasificados en los inventarios teórico y oficial. El especialista, a causa de su propia formación, propende la mayor parte de las veces a descuidar o a ignorar cualquier tipo de interacciones que difieran de las que la enseñanza magisterial le recomienda tomar en consideración.

Para llevar a cabo sus adelantos, la medicina ha ido depurando sus análisis del organismo humano y se dedica a estudiar, cada vez más a fondo, los elementos que lo componen. Sin embargo, todo tipo de investigación, cuanto más especializada, tanto más tiende a circunscribir

---

1. Patrick Véret, “Medicina Energética”, Editorial Everest, S. A., León, 1991

su campo de observación. Al profesional de medicina de la escuela tradicional le resulta imposible preocuparse del hálito vivificador que anima al ser humano, y de los ritmos que a éste le son propios.

El médico, debido a sus estudios, posee determinada competencia respecto a los casos patológicos, pero no dispone del equipamiento mental indispensable para captar cualquier otra realidad que trascienda al cómo, a lo anecdótico.

Sólo un tipo de medicina permitiría ese adelanto en la comprensión global del ser, que hoy se precisa y quiere realizar: la medicina que, siendo consciente del problema que atormenta a tantos médicos, posibilitara el interés por el individuo humano en su totalidad.

Dilatar las áreas de observación del ser humano, examinarlo a relativa distancia, conjeturar en suma acerca de él a través de indicios, es todo un objetivo que cabe lograr por doble conducto:

- mediante el examen del caso, el análisis de la enfermedad, y

- mediante la comprensión del ser humano cabal y concreto.

Por supuesto que sigue siendo necesario examinar cada caso; pero ha de hacerse ampliando la tarea respecto al individuo y a aquello que le circunda.

Mediante la observación clásica, considerada en cuanto mirada exterior, se percibe una enfermedad. Esta es estudiada en laboratorio, y cada elemento detectable de la misma figura luego analizado y jerarquizado en manuales. Se investiga la lesión. Este estilo de observación descuida la totalidad del enfermo en su condición de persona. Por lo que al médico respecta, podemos concluir que se deshumaniza, aferrado como está al examen del caso y no al enfermo”.

También hay que decir que no siempre se han obviado las emociones del ser humano en la medicina tradicional. Hasta los albores del siglo XIX, el estado de ánimo de un paciente era de gran importancia para los médicos. La conexión psicósomática entre las emociones negativas (desesperación, depresión, ira, aflicción...) y las enfermedades que crean inmunodeficiencia estaba clara. Como afirma el doctor Bernie Siegal<sup>2</sup>, “el hecho de estar alegre solía considerarse un requisito previo para gozar de buena salud”.

En la misma línea, muy recientemente, el doctor Hiromi Shinya<sup>3</sup> apunta: “La alegría y el amor pueden despertar un potencial que va más allá del entendimiento humano. [...] Toca música. Haz el amor. Diviértete. Disfruta de los placeres más simples. Vive la vida con pasión. Recuerda

---

2. Bernie Siegal, “Love, Medicine and Miracles”, Harper Collins Publishers, New York, 1988

3. Hiromi Shinya, “La enzima prodigiosa”, Santillana Ediciones Generales, S. L., Madrid, 2013

que una vida feliz y llena de significado es el camino natural para llegar a la salud del ser humano”.

Sin embargo, ¿acaso nos preguntan, hoy, cuando vamos a la consulta de un médico por un problema en la espalda o un dolor de estómago, si nos sentimos felices y satisfechos con nuestra vida? Y si nos tomásemos la libertad de plantear nuestras sospechas sobre esta relación psicosomática, pensarían que allanamos su terreno sin conocimiento de causa, gratificándonos, quizá, con algún comentario displicente, acompañado de una sonrisa irónica.

El término “psicosomático” ha adquirido una connotación negativa, ya que se usa como sinónimo de “imaginario”. Cuando los médicos son incapaces de encontrar una causa física a un problema, y para justificar su intervención, dicen que el problema reside en la mente, que es “puramente imaginario” o simulado, a menos que no sugieran sus dudas sobre la salud mental del paciente. Realmente, esta actitud responde, únicamente, a la ignorancia del papel que la mente ejerce en la construcción de nuestra realidad.

Así pues, si cualquier funcionamiento defectuoso del organismo tiene su origen en la mente, no puede existir ninguna dolencia física que pueda tratarse por separado. El verdadero sentido del término “psicosomático” (influencia de la mente sobre el cuerpo) se puede aplicar a todos los estados físicos. De hecho, cualquier enfermedad es psicosomática ya que las emociones influyen en los procesos del organismo a través del sistema nervioso y glandular.



La única rama de la medicina convencional que se preocupa de estudiar cómo trabaja la mente para mantenernos sanos o enfermos es la psiconeuroinmunología (PNI). Este nombre implica la interacción que juegan la mente (psico) y el sistema inmunitario (inmunología) en relación con el sistema nervioso (neuro).

No obstante, a pesar del interés creciente demostrado por algunos profesionales de la medicina que investigan en el campo de la PNI, el estamento médico, en general, muestra escaso interés en la exploración o el reconocimiento de la relación psicosomática. En lugar de profundizar en la interacción mente-cuerpo, lo que se ha incrementado, exponencialmente, en las últimas décadas, es el uso de potentes fármacos que merman la propia capacidad autocurativa del paciente.

De hecho, no olvidemos que cada paciente lleva en su interior a su propio médico, y que la capacidad regenerativa del cuerpo humano -aún parcialmente explorada- es muy importante, cuando no, sorprendente.

Cuando enfermamos o empezamos a notar algún trastorno físico, hemos de pensar, en primer lugar, en lo que nos aconteció algunos meses atrás, en un intento de rastrear lo que originó la aparición de los síntomas. El acontecimiento en cuestión puede haber quedado en el pasado, pero es posible que el impacto emocional persista durante mucho tiempo, anclándose en nuestro organismo hasta acabar afectándonos a nivel celular.

El concepto de relación psicosomática se basa en asumir que el ser humano es una unidad integrada por múltiples aspectos que lo configuran como individuo; ninguno de ellos puede ser aislado de los demás, pues todos mantienen una relación constante entre sí y son, a su vez, profundos conocedores de los demás elementos que conforman el conjunto. Esta unidad íntegra, holística, del cuerpo y de la mente se refleja en nuestro estado físico de bienestar o de enfermedad.

Así pues, las patologías, los problemas de funcionamiento del organismo pueden considerarse como un aviso de que tenemos un conflicto de emociones y pensamientos que amenaza el propio equilibrio vital, la base de nuestra existencia.

Esto nos lleva a admitir que si el cuerpo expresa lo que late bajo su superficie, y constituye el reflejo de lo que ocurre en nuestro interior, reconociendo, asimismo, que toda nuestra vida tiende a la satisfacción y al equilibrio, entonces, nos atrevemos a concluir que las enfermedades constituyen un medio para recuperar ese equilibrio.

Podemos observar un creciente interés en la población por las terapias alternativas de sanación que se orientan espiritualmente y que consideran al ser humano como una unidad. Estas terapias, en la mayoría de los casos, intentan hallar la raíz, la causa de la enfermedad, en lugar de limitarse a eliminar o enmascarar los síntomas. Persiguen el equilibrio de los sistemas energéticos del

cuerpo, conceptuando al hombre más allá de un ámbito puramente físico.

Dentro de este marco, la radiónica juega un papel importante como terapia alternativa. Se trata de una técnica de resonancia energética cuyas aplicaciones terapéuticas son prácticamente ilimitadas. La Organización Mundial de la Salud<sup>4</sup> (O.M.S.) la define como “una forma instrumental de la terapéutica de los sanadores”.

En efecto, la técnica de resonancia energética permite revelar cuáles son los elementos que entran en resonancia: tanto el mal y su causa, como el mal y su remedio; el problema y su solución. Dicho de otro modo, esta técnica permite la elaboración de un diagnóstico así como la definición de la terapia apropiada para un individuo concreto, en un momento dado. Esta disciplina, basada en la naturaleza irradiante, o lo que es lo mismo, energética, de la materia viva, se aplica a todo lo que vive, desde los seres humanos hasta los animales, sin olvidar las plantas, es decir, el reino vegetal en su conjunto, así como el suelo y el ámbito mineral, todos ellos sumergidos en el campo energético electro-magnético de la Tierra. De hecho, en Estados Unidos se está utilizando, actualmente, este sistema en agricultura con resultados muy satisfactorios.

La radiónica no es sólo apasionante como “instrumento terapéutico de sanadores”, sino porque plantea in-

---

4. Informe de la O.M.S., “Médecine Traditionnelle et Couverture de Soins de Santé”, Ginebra, 1983.

terrogantes importantes acerca de la naturaleza de la realidad del hombre, del campo energético que nos vitaliza y a través del cual nos desenvolvemos, así como de su entronque con la Tradición Primordial.

En el ámbito de la resonancia energética no puede dissociarse al individuo de sus problemas. Hay que estudiar siempre las corrientes de energía que operan sobre la persona y anotar las relaciones de causa a efecto que se producen. La energía que nos circunda e impregna, asimilada por todo nuestro universo, se funde con la vida misma. Hay que reconducir al hombre hasta ayudarlo a encontrar su inherente capacidad para controlar las fuerzas vitales capaces de restablecer un equilibrio psicofísico constantemente amenazado.

El ser humano es un microcosmos cuyos órganos vibran en una sinfonía que es, a su vez, partícipe del gran concierto cósmico. La energía, cuando circula armoniosamente por nuestro cuerpo, genera bienestar. Para mantener ese bienestar, el individuo debe comprender que pertenece a ese Todo universal, imbricado como está en su medio ambiente; y el terapeuta, sensibilizarse ante el paciente, sintonizando con el conocimiento cósmico de los fenómenos.

Sin embargo, y como la ciencia oficialmente establecida se mueve dentro de unos parámetros tan conservadores, la resonancia energética no constituye un tema serio de investigación, ya que la radiónica no encaja dentro de los paradigmas científicos existentes.

Tal y como apunta el Dr. Patrick Véret<sup>5</sup> “Es lamentable que ni siquiera en la facultad se está estimulando al futuro médico a interesarse por los tipos de investigación cuyo objeto es el equilibrio energético. Por la misma razón que se le inicia en los análisis anatómo-clínicos, químicos y biológicos, se le debería orientar en análisis energéticos. [...] ¿Por qué se habrán de seguir despreciando los tipos de investigación que se dedican al equilibrio energético? Estas investigaciones se ratifican como factores de conocimiento, por la misma razón y con el mismo derecho que los exámenes anatómo-clínicos y biológicos.[...]”

Un médico debe estar en condiciones de curar, sirviéndose de todos los medios disponibles. No debe hacer de menos a recurso alguno en la apasionante lucha contra la enfermedad.

Por desgracia, las comprobaciones diarias apoyan nuestros asertos. Estamos viendo llegar a pacientes que, desde hace unos meses, incluso años, arrastran problemas que con una sencilla armonización de sus perturbaciones energéticas, se resuelven al momento.

La medicina habitual se ve obnubilada por su temor a la lesión. No intenta pues, desde el principio, arreglar, regularizar.

Cuando un coche funciona mal, el conductor no pide al mecánico que vea qué se ha averiado, sino simplemente que lo arregle.

5. Íbidem

Parece prudente y eficaz arreglar y armonizar un organismo antes de buscar “la pieza rota”. Si la regulación resulta insuficiente, puede entonces pensarse en la lesión. Evidentemente, importa buscar la lesión, repararla; pero en la fase de cuidados existenciales es preciso pensar en regular, regularizar el organismo entero, para no correr el riesgo de alterar otra pieza del engranaje debido a un defectuoso funcionamiento de todo el organismo.

Al comparar la importancia de estas terapéuticas con el ínfimo espacio que se les asigna a final de carrera en nuestras universidades, se siente el deseo de que una juiciosa toma de conciencia y una acción enérgica modifiquen tan lamentable situación”.

El Dr. Abrams -de quien hablaremos más adelante-, pionero de la medicina electrónica y considerado como uno de los mayores genios de su época, sentó las bases de lo que hoy se conoce como radiónica. Sin embargo, ciertos elementos de la comunidad médica y científica de Estados Unidos atacaron sus investigaciones en el ámbito de la resonancia energética -también se ocupó de otros campos de investigación, además de ejercer la docencia-, e intentaron desacreditarlo. Esta persecución se prolonga, de una u otra forma, hasta mediados del siglo XX en Norteamérica, siendo arrestados muchos terapeutas, confiscándose y destruyéndose sus equipos, convirtiéndose este acoso en una auténtica “caza de brujas” con el visto bueno de unas autoridades y una justicia sometidas a los intereses y criterios, tanto de la clase médica como de la todopoderosa

FDA (Food and Drug Administration), la Administración de Drogas y Alimentación estadounidense.

Inglaterra, que siempre siguió con gran interés las investigaciones de Abrams y en donde esta disciplina suscitó un gran número de adeptos, ve emerger nuevos conceptos, en la década de los sesenta, derivados de las investigaciones del británico Malcolm Rae en la instrumentación de la radiónica y la potencia de la simulación homeopática. Por otra parte, David Tansley, quiropráctico londinense, elabora toda una base para el diagnóstico por radiónica y posterior tratamiento, basado en la anatomía sutil (campos de energía) del hombre, lo cual, posteriormente, revolucionó la teoría y práctica de la radiónica a través del mundo.

En realidad, y admitiendo que desde las últimas décadas del pasado siglo se empieza a vislumbrar un cierto resurgimiento en la valoración de este campo, aún así, y sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que existe un notorio escepticismo frente a esta disciplina, quizá porque sus principios no son de cómoda clasificación ni pueden explicarse fácilmente por las leyes conocidas de la ciencia; pese a que, como de todos es sabido, la ciencia no puede resolver todos los misterios de la creación.

En este sentido, Tansley consideraba que la radiónica no debía integrarse dentro de una doctrina reduccionista, como la de la ciencia oficial, ni debía aceptar el apelativo de “científica”, puesto que por su propia natu-

raleza, esta disciplina trasciende, y con mucho, al conocimiento consagrado.

No obstante, hay que reconocer que a pesar del atractivo que puede presentar este tipo de investigación, muchos son los que pierden progresivamente el interés cuando se sitúan en los umbrales de la radiónica, ya sea porque sus principios son confusos, ya sea porque su imagen profesional como terapia alternativa no está muy definida, sin obviar que el aprendizaje en radiónica necesita esfuerzo y tenacidad debido a sus complicados métodos de diagnóstico y tratamiento. Por lo tanto, y para subsanar esta situación vendrían bien algunos cambios básicos, tal y como argumenta David Tansley<sup>6</sup> “La radiónica debe ser transformada. Sus principios deben ser claros y explicables dentro de su propio marco de referencia, es decir, que no se trata de una técnica de sanación mecanicista orientada con instrumentos, sino de una forma definida de sanación mental que exterioriza algunos aspectos de su dinámica en la forma instrumental. Necesita liberarse de las creencias sobre gotas de sangre que irradian vibraciones que pueden modificarse y “emitirse” de nuevo a un paciente distante. Sobre todo, el nuevo marco debe ser capaz de abarcar y explicar lo que a la mente racional le parecen anomalías. Mientras las explicaciones sobre la radiónica se basen en la lógica del hemisferio izquierdo, seguirá siendo un arte de la sanación expuesto al ridículo [...] Por su propia naturaleza, la radiónica desafía la estructuración rígida. Pero

---

6. David V. Tansley, “Radionics: Science or Magic?”, Safron Walden., The C. W., Daniel Company Limited (Essex), 1982



tendrán que adoptarse y definirse algunas bases teóricas para dar sentido a la actual confusión de creencias conflictivas, y esta base tendrá que ser aceptable universalmente para situar a la radiónica en una posición creíble. Es sorprendente que este notable arte de la sanación sea la última terapia de elección entre los métodos alternativos, cuando no debería ni necesitaría ser así, porque el potencial de la radiónica es tan ilimitado como la mente humana”.

Todo lo anteriormente expuesto nos induce, por tanto, a rechazar ciertos dogmas como el dualismo en Descartes: el alma por un lado, el cuerpo por otro. El hombre no está dividido, no se le puede entender fragmentado. La criatura humana es un Todo, una perfecta Unidad. Hemos aprendido a conocer su anatomía, su fisiología; hemos de ir más lejos y penetrar, no sólo en la intimidad de sus células, sino en la de su psiquismo, en la de su consciencia<sup>7</sup>, en la de sus facultades naturales y también en la de sus dones sobrenaturales o extrasensoriales.

---

7. El uso legítimo de la palabra “conciencia” incluye, en español, las dos acepciones que le dio Santo Tomás al decir qué es lo que nos permite “reconocer” si hicimos algo o no lo hicimos, y “atestiguar” si lo que hicimos es bueno o malo; sin embargo, en psicología se delimitó el sentido de ambas acepciones, asignando a las funciones del Consciente la propiedad de “reconocer”, y a las de la Conciencia, la de “atestiguar”, con lo cual se presta a confusión el uso de la misma palabra para expresar los dos términos, siendo necesario establecer una separación entre lo que hay de inteligente y lo que hay de moral en un acto. Con tal fin, empezó a emplearse la palabra “Consciencia” para distinguir lo primero, partiendo del significado que la Academia da a la palabra “consciente”, como “lo que siente, piensa, quiere y obra con cabal conocimiento y plena posesión de sí mismo”, y el que concede a “Conciencia”, que es “el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar”.

Nos hallamos en un momento en que la inmensidad y complejidad de los descubrimientos son tales que deberíamos replantearnos las bases sobre las que catalogamos al conocimiento humano, reestructurando las ideas acerca de las relaciones del hombre con su propia inteligencia. La consciencia humana tiene que trascender hacia un nuevo y esplendoroso horizonte, debe aspirar a encontrar un hálito regenerador. La ciencia explora y descubre un Universo cada vez más rico en hallazgos sorprendentes y cada vez menos acorde con las estructuras y naturaleza del conocimiento oficialmente admitido.

Así pues, ante la confirmación del espectacular poder de la mente humana, la radiónica está llamada a configurarse como la ciencia de sanación del futuro, a condición de ser sabiamente utilizada por terapeutas inteligentes y sensibles, para quienes el arte curativo de la resonancia energética esté directamente relacionado con el conocimiento del ser y de la naturaleza, que consigan sistematizar el uso de su mente y de su voluntad para sanar, que sean conocedores de los campos de energía etéricos y vitales, así como de las leyes naturales que los gobiernan.

## CAPÍTULO I

# ¿QUÉ SE ENTIENDE POR RADIÓNICA?

*“Comprendamos que la vida no es sólo lo que tenemos a la vista. La vida va más allá de nuestros cinco sentidos. Seamos receptivos a los conocimientos y experiencias novedosos”.*

Brian Weiss

El término “radiónica” no es fácil de definir. Como ya hemos mencionado en la introducción de este libro, se trata de una interacción, presencial o a distancia, entre el paciente y el terapeuta, a través de un instrumento que permite canalizar la energía vital por medio de las pautas marcadas por el pensamiento del practicante, con una finalidad de diagnóstico y tratamiento, generando patrones de equilibrio psicofísico o salud, que curarán o ayudarán a curar al enfermo.

O dicho de otra forma, es un medio de diagnóstico y tratamiento, en presencia del enfermo o a distancia, que utiliza instrumentos especialmente diseñados para que el terapeuta pueda determinar las causas subyacentes de enfermedades dentro de un sistema vivo, animal, vegetal o mineral.

En palabras de David Tansley<sup>8</sup>:

---

8. David V. Tansley, “Radiónica. Relación con los campos etéricos”, Editorial Humanitas, Barcelona 1992

“Es un método de curación a distancia a través de un instrumento o cualquier otro medio que utiliza las facultades de percepción extra-sensorial. De este modo, un practicante entrenado y competente puede descubrir la causa de enfermedad de cualquier sistema viviente, sea éste humano, animal, planta o la tierra misma. Entonces, se pueden aplicar al paciente o sujeto las energías terapéuticas apropiadas para ayudarle a restaurar su salud a un nivel óptimo”.

El Dr. F. Javier Merino<sup>9</sup> nos da la siguiente definición: “ La radiónica es un sistema de diagnóstico y tratamiento sobre el enfermo y/o a distancia, que utiliza las facultades de percepción extrasensorial (P.E.S.) en conjunción con instrumentos más o menos complicados, diseñados especialmente para ello, y que sirven para determinar las causas ocultas de las enfermedades de los seres vivos y para realizar su tratamiento.”

También nos parece interesante la definición del Dr. J. Luis Arranz Gil<sup>10</sup> “La radiónica es la utilización con fines concretos de la energía psíquica o pensamiento, emitida por irradiación, vehiculizada por ondas electromagnéticas (O.E.M.) o hertzianas, con el fin de producir una variación en el sistema que los recibe, a través de un mecanismo de resonancia frecuencial”.

---

9. Francisco Javier Merino de la Fuente, “Radiónica, Ciencia y Magia de la Vida”, Ediciones Obelisco, Barcelona 2000

10. <http://web.es/gemart/radionica.htm>.

Por tanto, la radiónica se contempla como un arte de sanación que utiliza, básicamente, el poder del pensamiento y cuyo germen se pierde en las raíces mismas de la humanidad.

La influencia o repercusión que genera la emisión del pensamiento ha sido demostrada en numerosas investigaciones, entre las cuales caben señalar las realizadas por el Dr. Cleve Backster, director del Backster Research Foundation de Nueva York, sobre la percepción sensorial de las plantas. El Dr. Backster experimentó con las plantas utilizando un polígrafo -instrumento habitualmente empleado para estudiar la estimulación emocional en los seres humanos-, pudiendo comprobar que las plantas respondían a las corrientes de pensamiento, es decir, que eran sensibles, no sólo a las amenazas a su supervivencia, sino que reaccionaban ante los sentimientos e intenciones de las criaturas vivas, animales o humanos, con los que mantenían una estrecha relación.

Así, la resonancia energética y el tratamiento a distancia están siempre vinculados al pensamiento sin cuya focalización y voluntad directiva no pueden conseguirse buenos resultados. Como dice un antiguo axioma: "La energía sigue al pensamiento", y es esta energía la que transmite el poder curativo al tratamiento asignado al paciente.

La radiónica o resonancia energética contempla al hombre como un conjunto de campos vitales que se interpenetran, y cuyo desequilibrio, a ese nivel radiante o energético, generará determinadas patologías en el ámbito físico.